

## CAPÍTULO V



# UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN (UNAE)-ECUADOR

## TRANSFORMACIÓN DE LA REALIDAD, LA CONDICIÓN INDISPENSABLE PARA UNA NUEVA UNIVERSIDAD

Freddy Javier Álvarez González

### 1. Preámbulo, hacer posible lo imposible

Las universidades son instituciones muy particulares cuya institucionalidad es anterior a la creación del Estado Nación. Por consiguiente, al mismo tiempo que tienen elementos modernos como la razón cartesiana y kantiana, se desarrollan al interior del capitalismo industrial del siglo XIX, podemos también encontrar elementos medievales en relación con la institucionalidad del poder, el estatuto de la verdad y algunos valores anclados en su organización e identidad.

Para Barnett (1990) las tres características que marcan a las universidades occidentales son su condición urbana, los conocimientos y la masificación de las últimas décadas. En un inicio ellas se crearon en las grandes ciudades. No tenía sentido crearlas fuera de los centros económicos. Por tal motivo, antes era muy difícil encontrar universidades regionales. La visión urbana de la universidad de forma indirecta debilitaba la posibilidad de creación de las universidades fuera de la ciudad. Así, la creación de universidades regionales, departamentales o provinciales, es muy reciente. Por consiguiente, el derecho a la educación superior se ha ido definiendo en términos geográficos y territoriales antes que la consideración de la educación como un bien común.

También las universidades se crearon alrededor de los conocimientos. Ellas debían tener los conocimientos y disciplinas necesarias para devenir profesionales. Los oficios y las destrezas eran condiciones hereditarias; con la universidad inicia un nuevo tratamiento de los saberes y de los saberes hacer. Con el desarrollo de las ciencias, la universidad será su lugar natural de ampliación y profundización, por lo tanto, la investigación será un camino necesario. No obstante, este tipo de universidad ha ido desapareciendo por la universidad de las competencias. Hoy se habla menos de conocimientos y muchos más de destrezas que son dictadas por las metodologías y los métodos. La universidad en los últimos años ha pasado a ser más instrumental, burocrática y tecnócrata.

Una tercera característica, según Barnett, es la universidad masificada. De por sí este es uno de los retos más importantes. La demanda de la universidad es mayor, porque el mundo ha devenido meritocrático, al mismo tiempo que se convierte en democrático. La masificación implica el nacimiento de nuevas universidades y el debate sobre el papel de las universidades privadas. Pero el principal reto es, ante la masificación, mantener la calidad de la universidad. Sin embargo, el desafío mayor ante la masificación es la creación de universidades estratégicas desde la perspectiva de la transformación. Cada vez más, las sociedades requieren universidades especializadas, otro tipo de universidades que se dediquen a temáticas específicas, sin oponerse en contra de la masificación.

La universidad contemporánea sigue siendo una conjugación entre lo sagrado y lo profano. Ella solía parecerse más a una iglesia jerárquica y vertical, con sus presbíteros que se creen poseedores de verdades indispensables. Sin embargo, hoy en día, la universidad tiende a parecerse más a un supermercado donde se venden kits de aprendizajes, modos de hacer y técnicas para gestionar la vida.

Cowen (2010) usa la expresión universidad atenuada. No hay duda que la universidad moderna se encuentra en problemas y por esto debemos replantearla. Una de las principales características de la universidad contemporánea es análoga al planteamiento frente al capitalismo, no tenemos opción, es el carácter de lo inevitable. La universidad puede luchar por una mayor autonomía, pero no tiene opción en las decisiones que debe utilizar frente al capital financiero. De igual manera, nos encontramos en una universidad que experimenta la evaluación como una intromisión. La percepción compartida es que las evaluaciones son realizadas, no para mejorar la calidad de las universidades sino para ejercer un control policivo.

La universidad ya no le da valor al conocimiento por sí mismo (Newman 1976). De hecho, las Ciencias Sociales están en crisis. Se privilegia el conocimiento para algo, y la investigación para resolver problemas. El utilitarismo es el fondo ideológico de la relevancia y la pertinencia. En esta última década la universidad se ha hiper-burocratizado limitando la libertad de los académicos. En efecto, la universidad contemporánea pareciera menos libre.

La universidad atenuada es multidiversa, tiene nuevas funciones originadas en la sociedad del conocimiento. Por medio del conocimiento hay intereses extramuros. La universidad contemporánea es más internacional. Esto nos ha llevado a que la epistemología rivalice con la *techne* y la ontología. La diversidad se desarrolla en la investigación dirigida a la consultoría, en la gran mayoría de los casos, y en la expansión que parece no tener límites.

Conocer es un asunto central en la universidad, y los modelos de conocimiento son múltiples. La tesis de performatividad de Lyotard (1979) sabotea los valores de verdad, los pasa al uso pragmático y al valor de cambio. La investigación cae en las patentes y en la transferencia de tecnologías. La investigación para impactar es el lema, por lo que la libertad académica se encuentra atenuada. La educación mercantilizada se define en forma de folletos y de kits de aprendizaje. La actividad

conocedora es mediada por el valor de cambio que define el valor de uso. Así, la universidad atenuada entra en relación con la sociedad auditada, por lo que se le somete desde el presupuesto a controles exhaustivos. La auditoría no permite que la universidad se esconda, pero sobretodo que ella pueda hacer lo que quiera.

La globalización, el posmodernismo y el posfordismo hacen que la universidad sea una institución obligada a estar más abierta. En tal sentido, la virtualidad jugar un papel determinante pues provocará que las fronteras de las universidades se desmoronen. La nueva universidad ya no tiene límites, no hay fronteras, es una universidad abierta desde dentro y para afuera. Los departamentos de internacionalización se convierten en estratégicos. Tal universidad atenuada y abierta tiende a convertirse lentamente más en una empresa que en un centro académico.

La nueva universidad aparece sin centro, ni fronteras, ni un orden moral evidente. Las discusiones se hacen teniendo como referencia el mundo, y se realizan por internet. Así, la universidad es un notable ejemplo de globalización. La nueva universidad mantiene vínculos con empresas, industrias y profesiones liberales y participa con empresas en la explotación comercial del conocimiento. El conocimiento es una mercancía. Los conocimientos aparecen entremezclados. De igual manera, el conocimiento teórico aparece en la informática y la biotecnología. La numérica es sacralizada. Se amplían las formas de conocimiento y las comunidades ya no son totales ni únicas.

Muchos de los elementos que usa la universidad están en relación con la era postmoderna. Barnett dirá que el internet no es solo para el uso de la información, es una manera como se coloca la conversación en el espacio y el tiempo adecuados. Así, la universidad actúa en el mundo, pero sin un sentido transformador. A ella le vemos y percibimos queriendo obtener nuevos poderes. La universidad buscará aliarse a grupos económicos específicos al mismo tiempo que aumenta la precarización y se reducen los presupuestos. Crecerá pero bajo la forma de privatización de lo público, pues parece no tener opción. Buscará obtener las conexiones que se requieren para convertirse ella, en la gloria de sí misma, dirá Barnett (p.36)

Las tres maneras que la universidad tiene hoy para adquirir gloria son por medio del intelecto, el capital financiero y el capital cultural. Elegir a las personas que tengan influencia, ser parte de los grupos de financiamiento y existir culturalmente son tres momentos que privilegia la universidad contemporánea. A los académicos se les contrata porque atraen capital financiero y también porque pueden tener capital cultural. Es importante contratar a académicos de renombre. Dirá Barnett, que las universidades tienen múltiples conocimientos, propósitos, normas, y consumidores. “A la modernidad le gusta que las cosas sean ordenadas, medibles, plenamente calculables, uniformes y auto-gobernables” (p.36). Si determinados nombres le dan prestigio a la universidad, y atraen estudiantes del mundo, si las capacidades intelectuales son de prestigio se genera confianza para el capital, y de esta manera podemos fortalecer el capital cultural, luego podemos llegar a universidades felices. Como podemos ver, los grandes parámetros del cambio universitario están dictados por el mismo capitalismo.

Dentro de dicha situación generalizada emerge la Universidad Nacional de Educación UNAE. Una universidad estratégica pensada para la formación de maestros que transformen la educación y por consiguiente la sociedad. Desde el inicio, la UNAE se presentó como una universidad de educación que construye las condiciones para invertir las percepciones que creó el neoliberalismo: una universidad privada es mejor que una universidad pública. Y si queremos tener una buena educación, lo mejor es ir a las universidades norteamericanas y europeas. Ella se afilió al principio de que la educación es un derecho humano y un bien público, así ha ido construyendo, no en la velocidad que quisiéramos, una universidad estratégica y prospectiva para la transformación de la educación. En tal sentido, es una universidad anti-neoliberal, que debe tener impacto en el territorio nacional, a pesar de su tiempo tan corto.

En la siguiente reflexión y teniendo en cuenta los 100 años de la reforma de Córdoba, vamos a desarrollar la hipótesis de la importancia de recuperar a la Universidad para la transformación a partir de nuestra corta experiencia en la UNAE.

## **2. La universidad para la transformación entre tradiciones y tendencias**

Frente a la pregunta ¿cuál es el imperativo de una universidad contemporánea? Existen algunas líneas muy conocidas en el discurso común: hay quienes piensan que es la investigación, la innovación que se ha puesto de moda, para otros es la docencia, un pequeño grupo afirma la importancia de la vinculación con la colectividad o con la sociedad. Nosotros, a partir de nuestra experiencia, podemos decir que pueden ser todas, relacionadas y diferenciadas; sin embargo, tal pregunta nos lleva a otras preguntas y cuestionamientos a fin de acercarnos a la cuestión de qué universidad es necesaria para el siglo XXI, la cual se dirige hacia la hipótesis de la transformación.

El modelo neoliberal ha logrado banalizar la investigación en las universidades. Son muchos los estados que han desmantelado y desfinanciado la investigación universitaria. En tal sentido, aunque pensemos que no puede existir una universidad sin investigación, los recursos están fuera de la universidad, por lo tanto, la universidad no puede discutir qué tipo de investigación puede hacer, quiénes pueden investigar y menos le interesa saber quiénes se benefician de la investigación, de dónde vienen los recursos de la investigación universitaria y cuáles son los objetivos reales de cada una de las investigaciones. Así, la investigación es una caja de Pandora, empujada primordialmente por el mercado. Pueden existir investigaciones urgentes e importantes, pero detrás de ellas están los intereses del mercado. Además, sí los recursos son escasos, los grandes beneficiados tienden a ser investigadores senior y de prestigio, teniéndose que asociar investigadores juniors a estos grupos en relaciones que la mayoría de las veces son de explotación. Por el contrario, en pocos países como el Ecuador se exige

que las universidades hagan investigación, para ello se destina un porcentaje del presupuesto de cada universidad y se trabaja para que ella responda a la problemática del país.

La innovación va adquiriendo carta de ciudadanía en las universidades del mundo, ella está de moda. Los enfoques son múltiples. Existe una buena parte de la innovación ligada a las tecnologías. La innovación, a veces, está articulada a concepciones apocalípticas. Tenemos que innovar porque este mundo va hacia el abismo. En sentido general, es casi una palabra mágica e institucionalizada. Grandes empresas están detrás de tal significado. Pareciera que todos estamos de acuerdo con la necesidad de innovar. Más extraño es el uso de un significado que vuelve al pasado para recuperar algunos saberes, conocimientos y prácticas que han sido ocultados o casi aplastados por Occidente, como en el caso de la UNAE.

La docencia es el oficio natural de las universidades. La singularidad universitaria es la docencia para la profesionalización. Las universidades formamos los profesionales que requiere un país. ¿Cuáles son estos? ¿Con qué profesores? He aquí un primer punto de discusión, porque normalmente no ha sido una pregunta común, o que se pasa de largo. Las carreras en nuestros países han sido las mismas durante décadas. Solo en los últimos 10 años han ingresado algunas nuevas carreras. En tal sentido, la crítica puede ir dirigida en varias direcciones: no teníamos una política responsable sobre las carreras y su direccionamiento. Tampoco ha habido una política que nos saque del esquema adaptativo de las universidades a las sociedades neoliberales, pero inclusive si las universidades prepararan profesionales solo para el mercado, habría una mayor innovación, lo cual no sucede en ninguno de los dos casos, ni para transformar las sociedades, ni para ser parte del mercado mundial. En cierta forma, la universidad tiende a ser una institución sedentaria, anquilosada, que no va al compás de los grandes cambios mundiales, y que hace rato abandonó su misión emancipadora y transformadora.

Por último, está la vinculación con la sociedad, la cual es una acción muy reciente de la universidad. La antigua extensión universitaria ha sido cuestionada puesto que la responsabilidad no se puede confundir con la caridad. En parte podemos pensar que se trata de un eje más latinoamericano, aunque que no todas las universidades desarrollen este aspecto como tal. El por qué debe existir la responsabilidad social en las universidades, es una buena pregunta. Si la universidad solo se define en relación con el mercado, es muy difícil que dicha pregunta tenga alguna importancia. Pretender que la universidad entre en relación con la sociedad o las comunidades nos conduce a un repensar a la universidad, pues no es asunto de tener algunos programas de beneficencia, mientras continuamos con el modelo neoliberal.

Relacionar la docencia con la investigación, la innovación y la vinculación con la sociedad depende, en parte, que logremos definir qué mundo queremos construir y tener más o menos claro en qué mundo estamos, hacia donde se dirige, para desde ahí, determinar qué universidad queremos y podemos construir.

Los profesionales del emprendimiento suelen estar inscritos en la ideología neoliberal. En la innovación vinculada a las tecnologías, los intereses pertenecen al mercado. El bien público y común en las investigaciones debería hacer parte de las investigaciones universitarias aún financiadas por empresas. Una cosa es la economía social del conocimiento como referencia y otra colocar algunos programas sociales para evadir el pago de impuestos de algunas transnacionales.

Cuando la docencia la articulamos con la investigación, permitimos que el aula se convierta en el lugar de las definiciones de los problemas de investigación. También logramos que la docencia se amplíe a la investigación y no sea una simple repetición de textos y de teorías que en la mayoría de los casos provienen de una geopolítica del conocimiento. Por supuesto, la docencia no se puede confundir con la investigación y los programas de investigación deben ir más allá de las preocupaciones didácticas y pedagógicas de los docentes. La innovación requiere de la investigación; en sentido estricto, la innovación es un conjunto de programas de investigación que requiere de un enfoque abierto, flexible, creativo y transdisciplinar. Es falso cuando el origen de la innovación la situamos en el garaje de una casa cualquiera. La docencia estaría obligada no solo a formar para el pensamiento crítico sino también para el pensamiento innovador. Los estudiantes innovadores no pueden ser la excepción de la educación. La responsabilidad social debería ser uno de los objetivos de la formación profesional. En el mundo del capitalismo neoliberal la norma es formar profesionales para hacer dinero. La responsabilidad social puede lograr que la universidad piense la investigación, la docencia y la innovación desde una perspectiva integrada a la justicia ecológica, epistémica, cognitiva y social.

¿Cuál es el mayor déficit de la universidad? ¿Tener una docencia más formada? ¿Hacer investigación? ¿Innovar de manera decidida? Para Barnett el principal problema de la universidad es la responsabilidad en sentido amplio, es decir si la universidad propone el alcance de determinados conocimientos, es lógico tener la seguridad que los conocimientos se puedan alcanzar. La universidad no puede ofrecer algo que no puede garantizar su cumplimiento. No puede prometer la creación de ciertas competencias sino tiene la certeza de formar para su aprendizaje. ¿Cuántos de nuestros programas no son más que burbujas? Ofrecemos algo y entregamos otra cosa.

La responsabilidad es limitada por un estado evaluador y por una autonomía en cuestión. Todavía no existe responsabilidad cuando nos obligan a ser responsables y no se puede ser responsable cuando no se tiene autonomía, aunque ella pueda ser usada para evadir la responsabilidad. Ese riesgo siempre lo debemos correr, respetar la libertad a pesar de que ella nos lleve a ponernos a un costado.

Existen algunos académicos que consideran que la universidad es una institución en ruinas (Readings 1996), por eso la pregunta más importante hoy en día sería refundar la universidad e ir hacia una nueva universidad. En realidad, la universidad quiere responder a los nuevos retos, pero no puede porque sus tradiciones le impiden. Ella es demasiado pesada para adaptarse a nuevos

desafíos. Por lo tanto, en el momento de crear una nueva universidad en ¿qué nos basamos? Ella necesita volver a preguntarse sobre sus fundamentos.

Según Readings (1996), los fundamentos en los que la universidad moderna se ha erigido son tres: la razón Kantiana, la cultura humboltiana y la noción técnico-burócrata de excelencia. La razón cartesiana parte de la duda, divide, organiza y clasifica los datos. La realidad es res extensa, medible y matemáticamente cuantificable. La distinción con la razón kantiana es la demostración de que el empirismo es necesario pero insuficiente para explicar la realidad. De igual manera, separa el fenómeno del noúmeno y determina las clasificaciones en las que puede ser descrita la realidad. En sentido estricto, la razón es el principio fundamental de la universidad moderna. Los conocimientos, la experimentación, la explicación de los hechos deben ceñirse a la racionalidad. No caben los argumentos de fe o de autoridad. Todo tiene que ser explicable.

La cultura humboltiana de la universidad moderna consistió en un primer momento en ir hacia una cultura académica holística, lo cual no fue posible por el desarrollo de la investigación. La investigación se convirtió en el fundamento más importante de la universidad moderna que no tiene la hegemonía de la educación precisamente porque es más dispersa en otras instituciones como la Grand Ecole francesa, o los institutos de formación alemanes, por lo tanto, todo aquello que nosotros podamos conocer en el ámbito científico debería suceder en la universidad. Los grandes problemas nacionales serán tratados por la universidad entendiendo el *Bildung* como el carácter interior a la educación.

La noción tecno-burócrata de la excelencia siempre ha estado presente a lo largo de la existencia de la universidad. A la universidad, aparentemente, van los mejores, por lo tanto, no cualquiera puede ingresar. Cuando en el siglo XX toma fuerza la idea de democratización de la universidad, una de las primeras contradicciones que aparece es la meritocracia. La meritocracia de los apellidos del siglo XIX cambio por la meritocracia de las pruebas de ingreso de finales del siglo pasado, las cuales siguen afectando a los grupos históricamente excluidos. Sin embargo, el gran problema con la noción de excelencia es que puede significar muchas cosas. Hay universidades de excelencia, como también estudiantes excelentes, investigaciones excelentes y así muchas otras cosas más. No hay duda que se ha convertido en una marca sobre la que poco reflexionamos y la mayoría de veces significa casi nada.

La pregunta es si estos tres fundamentos, la razón, la investigación y la excelencia, deben ser transformados. La razón compartimentada, reduccionista, disyunte es un desafío ante la existencia de una ciencia sin conciencia, como lo analiza Morín en el método. La razón aparece como un principio criticable por la neutralidad y la objetividad discutible. No hay duda que la separación sujeto-objeto es todo un problema que debemos discutir. La investigación ha sido dominada por las ciencias de la naturaleza y las ciencias físicas. En el caso de la excelencia podemos observar que se opone a toda campaña de democratización y que muchos de sus significados son vacíos.

Nosotros proponemos la transformación como un principio que debe estar en la definición de la actual universidad, que en realidad no es nuevo, puesto que este principio existió como emancipación en la modernidad a pesar de su limitación. La universidad contemporánea debe estar erigida hoy para la transformación. En el caso de la UNAE, el Buen Vivir es un significado que orienta la transformación. ¿Qué significa esto? Tres consecuencias: la primera es la definición del Sistema-Mundo que permite la existencia de cuatro justicias: la justicia social, la justicia ecológica, la justicia epistémica y la justicia de la diversidad. La segunda, es la universidad que define un nuevo tipo de universalidad. La universalidad fue parcial: occidental, blanca, masculina, heterosexual y racista. La otra universalidad debe ser la de los otros, de varios mundos dentro de lo común, de los colores, las formas, los pueblos, las utopías. La tercera, es la universidad territorial, es decir, no una universidad que dependa de los vientos de la globalización, sino de las situaciones contextuales que establecen lazos para comunicarse con el mundo, es decir, una universidad intercultural.

No hay duda que la universidad de la autonomía es clave desde el punto de vista de la transformación. Se requiere autonomía para transformar. Los estados son contradictorios porque, aunque sean reformistas, la autonomía es puesta en cuestión. Al poder le atemoriza la autonomía. Pero a esto también se junta que la autonomía ha sido apropiada por la derecha y la universidad privada a fin de evitar todo tipo de regulación y control. Aun así, no podemos dejar la autonomía a un lado. Las universidades requieren defender este principio, pero en clave de autonomía para transformar, esto es para crear otro sistema-mundo, reconocer y fortalecer la diversidad y crear la universidad territorial.

La autonomía para la transformación se debe desarrollar en una realidad hipercompleja, en la globalidad, la incertidumbre, el caos, la interdependencia, y la multiplicidad de significados y significantes. Es decir, la autonomía para la transformación no es hacer lo que se quiere. La hipercomplejidad, implica, por lo menos advertir de la estupidez de la linealidad, la ceguera de un tipo de causalidad clásica. Querer ser autónomos en un mundo que ha devenido global es hacer el papel de idiotas. No es un problema de autonomía responsable, es un asunto de autonomía inteligente, pero con una inteligencia hiperconectada. La incertidumbre es quizás el factor más relevante en sociedades hipercomplejas. Podemos esperar lo contrario de lo planeado. Vivimos en lo inesperado. Por tal motivo la educación nos debe preparar para lo que no esperamos, lo inaudito, aquello que nos sorprende, que ingresa en la noche como un ladrón. El caos es un factor importante. No vivimos en un mundo ordenado, esta es nuestra normalidad. Quizás en nuestros países en América Latina es una lección fácil de aprender. Más complicado es para las sociedades del norte asumir el caos como una condición que existe en la vida, las sociedades, y en fenómenos como los climáticos, los económicos y los políticos. El caos no es una consecuencia de la autonomía, la autonomía es para ocultar las situaciones caóticas que tienen la potencialidad de generar sus propias regularidades, tal como lo demostró

Ilya Prigogine. La interdependencia es quizás el factor más vergonzante para la autonomía, porque no se entiende una universidad que quiere ser ella misma sin tener en cuenta a los otros. En sentido estricto deberíamos admitir que todo tipo de autonomía es dependiente. La multiplicidad de significados es otro elemento que nos coloca en una situación especial porque la autonomía debería favorecer la multiplicidad, la diversidad y la diferencia. No existen interpretaciones únicas, y la autonomía debería permitir que exista la distorsión y la deriva. Es absurdo este gran reto, cuando dentro de las universidades normalmente se crean grupos de profesores que luchan por el poder, poderes que se hacen feudos y que dejan de lado estos aspectos fundamentales desde los cuales tenemos que construir las nuevas universidades.

En cierto sentido debemos defender la autonomía no para hacer lo que queremos sino para dialogar con un mundo que ha devenido extraño para la universidad con la propuesta de un mundo que queremos transformar. Así, reconocer que el mundo es complejo es valernos de una expresión epistemológica, metodología y real, es decir, atravesada por el conocimiento lo cual implica otras formas de pensar; es metodológica, en consecuencia, no se trata solo de hacer investigación; y es real, porque la realidad no es el dato, es otra cosa que se nos escapa con la dictadura del número.

La lucha por la autonomía sucede dentro de un mundo capitalista, un mundo que paradójicamente defiende las libertades, asume el discurso de la democracia, pero no permite decidir algo diferente al mundo capitalista. Se parece a la libertad del mundo cristiano: solo somos libres cuando elegimos el bien. En efecto, es un mundo ya dado, no elegimos el mundo en el que nacemos pero si podemos elegir el mundo que queremos construir, el que soñamos. En consecuencia, ¿qué tipo de autonomía es posible dentro del mundo neoliberal? ¿Y qué libertades requiere la universidad transformadora?

Si el mundo es dado, la autonomía debería servirnos para transformar ese mundo. Este mundo suele tener contactos muy profundos con cualquier gobierno de izquierda o de derecha, con las universidades públicas y privadas, con las instituciones, con la mentalidad de la mayoría de las sociedades por la condición de la Plusvalía y del Plus-de-goce. Es muy probable que la política económica de un estado vaya por un lado y las políticas sociales y las misiones de las universidades vayan por otro. No es extraño que existan políticas extractivistas y programas de grado y de posgrado muy críticos sobre economía ambiental. Tal esquizofrenia no impide al sistema avanzar. En efecto, Gilles Deleuze y Guattari se refirieron al carácter esquizofrénico del capitalismo.

En suma, la autonomía para la transformación puede tener tres condiciones. Una primera. No es una autonomía para hacer lo que se quiere, es la autonomía para colocarse en contra del Estado y del sistema capitalista desde una visión emancipadora y liberadora. La academia no tiene por qué regirse por los dictámenes del estado. El estado tiene derecho a velar por la calidad, la gratuidad, pero no puede determinar el tipo de programas que una universidad pueda ofrecer a la sociedad.

Así, se trata de una autonomía para emancipar y liberar desde la educación superior. La segunda, es la autonomía basada en su propio gobierno. Las universidades son territorios liberados, donde nada ni nadie puede interferir. Pero son lugares donde existe un gobierno propio que determina las políticas como se vive al interior de dicho territorio y se incide dentro de la sociedad. La tercera es la autonomía estratégica. No existe una autonomía absoluta, por lo que ella debe ser responsable con la interdependencia en la que nos encontramos los individuos y las sociedades. Las universidades tienen derecho a determinar sus propios relacionamientos. Así, la autonomía de la emancipación, del propio gobierno, y de la estratégica, se convierten en las tres condiciones en la que podemos reformular nuevas preguntas que no estuvieron en el Manifiesto Liminar de Córdoba.

### **3. La revolución educativa, el asunto de la historia y la transformación**

La UNAE cumplirá tres años de creación el mes de mayo de 2018. Ha sido una Institución de Educación Superior que ha procurado ser aquello para lo que fue creada, una universidad para formar maestros y maestras con el objetivo de conseguir el Buen Vivir mediante la transformación de la educación. En tal sentido, ¿es una institución novedosa o es una universidad que se parece a cualquier universidad? ¿En qué consiste su novedad? ¿Tal distinción, qué significa para el futuro de la educación? ¿Y qué juicio connota sobre lo existente?

Walter Benjamín dice en la tesis V sobre el concepto de historia: “la imagen verdadera del pasado pasa de largo velozmente”. ¿Qué es una imagen verdadera del pasado, para Benjamín? Han existido situaciones relevantes para la construcción de la humanidad que pasan rápidamente y son olvidadas por las sociedades. Pareciera que todo tiene necesidad de volver al hastío y la dominación. Además, existen imágenes distorsionadas del pasado, que no corresponden con la verdad y que también se guardan como ciertas. La imagen verdadera es más vulnerable, pareciera que la imagen auténtica no se puede archivar, pues lo verdadero tiende a ser tragado por la costumbre, la mentira y el olvido, o tiende a pasar muy rápido.

Las sociedades no resisten las verdades del pasado porque ella se convierte en un juicio sobre el presente y sobre los proyectos del futuro. No podemos estar durante largo tiempo frente a la verdad, precisamente porque las vidas tienden a ser construidas en el artificio, la apariencia y la mentira. Por lo tanto, los pueblos y las personas solemos quedarnos en la in-autenticidad del pasado para seguir caminando sin conciencia, cargando con aquello que repite la doxa, anclados en la repetición de la costumbre. Así, cuando queremos apoyarnos en el pasado, debemos preguntarnos ¿en qué pasado nos queremos apoyar? Pero también, y si lo que queremos es romper con el pasado, de igual manera la pregunta es si ¿esta separación rompe con la imagen verdadera y auténtica del pasado?

La UNAE es una universidad nueva por su nacimiento, y está siendo nueva en muchos aspectos a partir de su misión y su visión. No obstante, sería un gran error no apoyarnos en muchos aspectos del pasado. Por ejemplo, la respuesta a

la pregunta sobre ¿cómo se hace una universidad? De hecho, la pregunta sobre la formación de maestros no es exclusiva. Los fundamentos de la educación fueron puestos hace mucho tiempo. La ecología de saberes que busca relacionar saberes ancestrales, tradicionales y milenarios con las Ciencias Occidentales pone en relación epistémica el pasado con el presente. Dedicada a la formación de maestros, ha apostado por nuevos modelos pedagógicos y educativos, aun así, la mayoría de universidades tienen facultades de educación. Sería pretencioso decir que la UNAE rompe con el pasado. Dialécticamente, tenemos que apoyarnos en él para superarlo, de lo contrario una ruptura total nos condena a repetir el pasado. No obstante, existe la novedad, entonces, ¿qué relaciones se establecen entre lo uno y lo otro?

¿Cuál es la imagen verdadera y auténtica del pasado de la educación superior que tiende a pasar velozmente? Existen algunas imágenes verdaderas que se complementan, son concurrentes y antagonistas. Una universidad construida para las élites, arropada con profundos rasgos medievales, o una universidad que se piensa emancipadora en la modernidad, y también una universidad que garantiza el *Status Quo* y navega en el ámbito de la filosofía liberal. La universidad durante muchos años fue una institución pensada por las élites y para las élites. Ella formaba a la clase dirigente y permitía la distinción a la que se refiere Bourdieu en los estudios sobre el capitalismo y la dominación simbólica. La actual meritocracia pareciera que conecta el pasado con el presente mediante una selección que repite el elitismo, ahora por medios consagrados en el uso singular del conocimiento. También, la verdad iluminada y delegada ha sido un rasgo teológico que todavía se conserva en las universidades como producto de la profunda tradición de una institución que se origina en el Medioevo. El relativismo y la tecnocracia parece que dejaron fuera a la vieja universidad, sin embargo, no es cierto. La universidad de la emancipación también hace parte de la imagen verdadera que pasa velozmente. De hecho, las universidades de izquierda dejaron de ser actuales. La universidad como la conciencia de la sociedad, con la capacidad de transformarla, ha sido una tradición que la modernidad desarrolló. Esta idea hace parte del pasado o incluso parece que ya no pertenece a la memoria universitaria. Al lado de tal imagen, también la universidad ha devenido la institución privilegiada que permite que las sociedades, y en particular el capitalismo funcione, más allá de sus contradicciones. No obstante, el capitalismo no necesita de la universidad para garantizar su existencia. Por último, la universidad también ha sido una institución que fortalece el liberalismo indispensable para el desarrollo de las ciencias, y donde el capitalismo saca sus mayores beneficios. Pero todos sabemos que la filosofía liberal está atravesada por profundas contradicciones en sus premisas fundamentales como el individuo autónomo, la democracia como el mejor sistema, y los derechos individuales.

Pero ¿cuál de todas estas imágenes verdaderas del pasado puede ser tenida en cuenta para la transformación de la educación y de las sociedades? ¿En cuál nos debemos detener? ¿Cuál es realmente verdadera? Continúa Benjamín: “Porque la

imagen verdadera del pasado es una imagen que amenaza con desaparecer con todo presente que no se reconozca aludido a ella” (2008, párr. 5). El presente sin el pasado es efímero. La imagen verdadera junta al pasado con el presente, pero es el presente el encargado de evitar el olvido, pues él se extravía en su cierre. Sobre todo, lo único que puede juntar los dos tiempos es la verdad. ¿A qué imagen de verdad debe aludir la universidad para no extraviarse? ¿Es la meritocracia que reemplaza el elitismo?; o ¿el paso de las verdades únicas a la diseminación de la verdad?; o ¿de la universidad que emancipaba a la universidad que busca revolucionar al individuo?; o ¿elegir entre la universidad adaptativa y la universidad que educa para el cambio y la innovación?; o ¿se trata de elegir entre la caída en un individualismo craso y un autismo social para optar por formas más colectivas y comunitarias?

Cuando la verdad ha sido cuestionada tan profundamente pues ella es una construcción, o una ficción como dirá Lacan, o simplemente no hay verdad porque será aquello que las sociedades y las comunidades quieren definir como tal, entonces en el presente se determinan nuevas verdades. El cambio en la noción de verdad nos lleva a cambiar la perspectiva de su permanencia, a situarla en otro tiempo. En sentido estricto, la verdad no es solo lo que pasa ligeramente, sino que es fundamentalmente, aquello que no puede permanecer, sin embargo, la permanencia es la existencia del ser en sí.

Pensar la universidad es pensar una institución anterior a la creación del estado moderno, perteneciente a la edad triunfal de la Iglesia Imperio en el siglo XI, institución que toma fuerza con el capitalismo naciente del siglo XIX. Ella fue más parecida a una iglesia medieval en sus orígenes. El estado y la educación universal, la modificarán y adquiriría una expansión sin precedentes. Fue indispensable para el capitalismo en su comienzo.

Sin duda, ella ha sufrido muchos cambios a lo largo de la historia, sin embargo, existen algunos aspectos que aparentemente permanecen esenciales. Por ejemplo, dos de ellos son, el estatus que se adquiere en relación con el conocimiento y el conocimiento como tal. La educación superior nos convierte en personas que sabemos algo, o tenemos un dominio sobre algo y las sociedades lo reconocen como tal. Luego, las instituciones de educación superior se han dedicado a profesionalizar, lo cual implica una jerarquización en el mundo laboral. Por otro lado, en la educación superior se buscan conocimientos y destrezas atadas a dichos conocimientos. Existe un supuesto saber, o un supuesto hacer, o un supuesto pensar. En su conjunto, todo se puede aprender en la universidad moderna.

Estos dos datos esenciales provenientes de las imágenes de verdad universitaria, la profesionalización y los conocimientos, se han mantenido al mismo tiempo que han cambiado a lo largo del tiempo. No son los mismos profesionales los que se necesitan en la actualidad, ni serán los mismos dentro de poco tiempo, y de la universidad de los profundos conocimientos hemos pasado a la universidad de las experticias, del saber hacer y de las técnicas y las tecnologías. El pragmatismo logró invertir el porqué de las cosas por el cómo. Eso es lo que importa hoy en

día. Las metodologías, los procesos se convertirán en las reinas de los ámbitos sociales, profesionales y científicos. Nadie tiene que saber las razones de algo, todos tenemos que saber cómo puede funcionar ese algo.

La UNAE es una universidad que se conecta con la modernidad, pues se coloca en la imagen de verdad de la transformación social mediante la transformación de la educación. En la modernidad un nuevo mundo había que construir con otros códigos, escapando del oscurantismo medieval. La gran revolución moderna buscó cambiar las sociedades emergentes de las comunidades y los feudos. Sin embargo, sus límites estaban dados por el capitalismo y el racismo, así, las prácticas de dominación, explotación, y jerarquías raciales suplantaron a los rituales de la fe y el destino teológico. En consecuencia, también es una universidad anti-moderna.

La adhesión a la defensa y la radicalización de la educación como derecho humano y bien público hacen que la UNAE se sitúe en una línea anticapitalista y anti-racista, de-colonial y anti-patriarcal. La educación como bien público es incomprendible para el capitalismo que ha hecho de la educación una mercancía, aunque la filosofía liberal de los derechos no le sienta mal. Existen grupos que han sido históricamente excluidos. Incluso la ecología de saberes es parte de la garantía de la inclusión. La de-colonialidad educativa tiene un doble reto: las lenguas y la construcción de lo común. La lucha contra la patriarcalidad educativa implica la paradoja de lucha contra una profesión que ha sido feminizada al mismo tiempo que involucra el reclamo por la toma de decisiones.

La comprensión moderna de la UNAE se le puede realizar de acuerdo a dos formas señaladas por Benjamín: el utopismo occidental y el mesianismo hebreo. El utopismo occidental, según Bolívar Echeverría (2005), consiste en una determinada manera de estar en el mundo imperfecto e incompleto. Hay utopía porque sabemos que hay condiciones de posibilidad de cambio, pero porque hay una falta, una incompletitud. Ella es un proyecto de cambio a partir de la formación de maestros, con nuevos modelos, nuevas prácticas, nuevas maneras de enseñar, otras maneras de aprender, pues formamos a nuevos maestros que garanticen los aprendizajes indispensables para un niño y una niña en el siglo XXI. Sin embargo, el utopismo, al mismo tiempo que busca estar en lo real, no logra estar de manera completa y sostenida: “no tiene lugar sino en aquellos momentos en que el ser humano merece su status ontológico excepcional, pues logra estar a la altura de su destino”. En efecto, todo cambio es excepcional. No podemos hablar de un programa de cambio, aunque debemos planificarlo. En el mismo sentido García Linera dice que no podemos hacer la revolución todos los días, que los cambios solo vienen por flujos.

La misión de formación de los maestros es co-extensivo al tiempo presente. La crítica la hacemos desde la utopía, pero la realidad tiende a desvanecer la crítica. Sabemos que toda realidad es esencialmente perfectible y que todo ser humano es educable. De esta manera juntamos la realidad con la utopía. La utopía, dirá Echeverría, “es una suerte de virtualidad, el quisiera ser, o el poder ser, no tanto

el deber ser que no logra inscribirse en lo real". Con razón decía Galeano que, aunque la utopía no sea alcanzable es lo que nos permite caminar. En sentido estricto, la utopía está adentro de la misma realidad.

En el caso del proyecto mesiánico, la UNAE, es una universidad entre el bien y el mal, entre aquello que lucha por existir y quienes buscan impedir que esto ocurra, ella es la promesa que trae la salvación asediada por quienes no tienen en la vista los objetivos de salvación. Entonces, si la educación y la formación de maestros son obsoletas necesitamos de una universidad redentora. Luego, todo debe tener el potencial de ser mejor de lo que existe. Así, la UNAE no se debe parecer a nada y al mismo tiempo ser ella la que potencia el cambio. En realidad, todo debe ser distinto a lo establecido. La pesadilla irrumpe cuando nos damos cuenta que aquello que estamos construyendo es peor que lo anterior, que el mal no está afuera sino adentro, que no salvamos, sino que en realidad estamos condenando a los niños y las niñas al subdesarrollo cognitivo, a la ignorancia digital.

¿Tenemos que escoger entre la utopía y el mesianismo? ¿Nos quedamos en el sueño, o nos hacemos redentores? Echeverría dice que en el modelo utópico el cambio es de apariencia, en el modo mesiánico el cambio es de residencia. La utopía nunca la vemos, pero requerimos referenciarla. En el mesianismo necesitamos de alguien que venga a rescatarnos del mal. La utopía nunca la podemos poseer, y si creemos que estamos en ella, en realidad es una pura fantasía. El mesianismo requiere de formas reales y definidas, aunque sean un desastre. En cierto sentido, las sociedades se sienten más seguras en el Mesianismo, sin embargo, es la forma más peligrosa. En el primero lo disminuido está en el territorio, en lo segundo, lo actual está en condición de pérdida.

Para una revolución educativa en la Modernidad Capitalista y Racista, Patriarcal y Colonial es necesario combinar el utopismo con el mesianismo. Por lo tanto, la UNAE requiere ser una propuesta utópica y mesiánica, en tal sentido el proyecto de formación de maestros avanza sobre el territorio de lo imperfecto al mismo tiempo que se presenta como la solución. No basta querer redimir, hace falta la definición de un proyecto, pero al mismo tiempo no existe proyecto sin redención. Entonces, el Buen Vivir es en el fondo el proyecto de la felicidad que se pone al lado de la redención. Así, una universidad para los maestros contiene huellas de la redención de los mismos maestros en tanto que corrección de la pérdida y es una utopía que opera sobre la insuficiencia de lo imperfecto. Nada más favorable para este proyecto universitario como demostrar la insuficiencia de las prácticas, la desorientación y la obsolescencia de la profesión docente. En fin, existe un clamor dentro de los proyectos mesiánicos, el cual se oculta en las líneas más festivas de la propuesta.

Evitar que la imagen verdadera pase rápidamente es, en clave marxista, garantizar que los niños y las niñas obtengan las condiciones materiales indispensables para los programas del espíritu, es decir educativos. En otras palabras, el desarrollo de la inteligencia no se puede separar de la lucha contra la pobreza y por la igualdad, debido a los efectos que se producen por el hambre y la exclusión.

No obstante, es ampliamente demostrable la existencia del efecto educador. Un buen maestro o maestra es fundamental para el aprendizaje a pesar de las condiciones iniciales que para varias interpretaciones marxistas fundamentalistas, sería imposible el cambio en la educación, si no se transforman las condiciones existentes materiales.

La imagen verdadera del pasado que se mezcla con elementos de la utopía y afirma el mesianismo, solo puede subsistir si el presente logra anclar tal imagen. Al respecto Benjamín dice: “porque la imagen verdadera del pasado es una imagen que amenaza con desaparecer con todo presente que no se reconozca aludido a ella” (Echeverría, 2005, p.29) Luego, no es cierto que la historia enjuiciara un hecho, en realidad es desde el presente que grupos de poder pueden elaborar un juicio sobre pasado. Así, el pasado tiende a desaparecer sin un presente que vuelva sobre él. Luego, al pasado contener la imagen verdadera, no existe ninguna transformación válida sin que exista una referencia al pasado. Pero para que el presente la tome en cuenta, este debe sentirse aludido. No es que el presente mire hacia el pasado, es que el presente requiere del pasado para entender el presente. En consecuencia, los famosos giros copernicanos pueden ser una farsa si en el pasado no encuentran, por lo menos su justificación, lo que significaría en sentido benjaminiano, la imagen verdadera.

Si la memoria, entonces, no es simplemente un asunto de conservación, o de identidad, las condiciones de posibilidad de la revolución las tenemos que buscar en el pasado, admitiendo que todo sucede una sola vez y que es indispensable que lo nuevo opere dentro de cualquier transformación, al mismo tiempo que hacemos de la verdad del pasado una orientación para las luchas del presente. Ergo, quienes pretendemos el cambio debemos apoderarnos de la imagen verdadera del pasado.

Al ser la UNAE una apuesta hacia el futuro que se construye en el presente, el pasado no es con lo que se rompe sino con aquello que establecemos contacto, no porque el pasado contenga los códigos con los que desciframos el presente y el futuro sino porque en él existen lecciones que no podemos pasar de largo. Los saberes ancestrales, populares y tradicionales, las figuras de Eloy Alfaro, Nela Martínez, Dolores Cacuango, entre otras. Solo en la manera en que nos adueñemos del pasado podemos construir las posibilidades de revolución. Con razón dice Benjamín: “los muertos no estarán a salvo del enemigo, si este vence” (Echeverría, 2005, p. 22)

Cuando el tipo de revolución que se quiere hacer es educativo, debemos tener mucho cuidado porque los documentos de la cultura son a la vez documentos de barbarie. Nada más peligroso que la educación, pues normalmente consideramos que ella de por sí es buena, no obstante, la educación es responsable de muchas de las situaciones que padecemos. Benjamín nos advierte que en el Ángel de la historia de acuerdo al cuadro de Klee “Angelus Novus” se puede ver la historia como una pesadilla y el progreso como parte de tal pesadilla:

Se ve en él un ángel, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas... Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El Ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus Ángel ya no puede plegarlas. Ese huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cumulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso (p.143)

Si somos arrastrados por el pasado lo seremos también con respecto al futuro.

No se trata solo de mirar la historia sino también de hacer historia. Benjamín piensa que “la conciencia de hacer saltar el continuum de la historia es propia de las clases revolucionarias en el instante de la acción” (Echeverría, 2005, p.29). Luego, la historia de la revolución solo puede ser escrita por extraordinarios cortes. La UNAE solo será importante en cuanto signifique un corte con lo que existe, el lograr hacer cosas diferentes, nuevas, en tiempos que nosotros mismos debemos definir porque “no hay instante que no traiga consigo la oportunidad revolucionaria” (Echeverría, 2005, p. 32)

Los cambios no suceden al final, suceden durante la vida: “el mesías interrumpe la historia, le mesías no aparece al final de un desarrollo”. (Echeverría, 2005, p. 59) En las transformaciones debemos tener y combinar lo que no queremos y lo que queremos. Benjamín dice que “la historia no solo tiene la tarea de hacerse de la tradición de los oprimidos, sino también de fundarla” (Echeverría, 2005, p. 64). Luego, los cambios implican fundar la nueva educación, no solo criticarla, hacer institucionalidad, diseñar políticas, generar planes, rehacerlos y seguir intentando.

## Referencias

- Barnett R. (1990). *The Idea of Higher Education*. Buckingham: Open University Press.
- Barnett R. (1999). *Realizing the University in an age of supercomplexity*. Buckingham: Open University Press.
- Echeverría, B. (Comp). (2005). *La Mirada del Ángel: En torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamín*. México DF: Ediciones Era.
- Bonvecchio, C. (1991). *El mito de la universidad*. México DF: Siglo XXI Editores-Unam.
- Brunner, J. (1990). *Educación Superior en América Latina, cambios y desafíos*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Cowen, R. (2010). “Performativity, Post-modernity and the University”, *Comparative Education*, 32:2, 245-258.
- Didriksoon, A., Arteaga C., Campos, G. (2004) *Retos y Paradigmas, El Futuro de la Educación Superior en México*, México DF: Centro de Estudios sobre Universidad, Plaza y Valdez Editores, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Kerr, C. (1963). *The Uses of the University*, Cambridge: Harvard University Press.
- Liotard J. F. (1979). *La Condition Postmoderne*, Paris: Les Editions de Minuit.
- Readings, B. (1996). *The University in Ruins*, Cambridge: Harvard University Press.